

IV. LA VERDAD, FUERZA DE UNION.

Una unión que deja subsistir profundas diferencias de pensamiento está constantemente amenazada de quebrarse, y en todo caso tiene algo de forzado, por lo cual es algo más bien soportado que verdaderamente amado. Por el contrario el vínculo que crea la adhesión a la misma verdad es lo más dulce que puede haber. Es el más conforme a la naturaleza del hombre. Es aceptado espontáneamente y con gozo, mientras que los otros lo son por necesidad.

«Sin duda —dirá alguien—, pero para conseguir este efecto no es preciso recurrir a la verdad. Hemos visto a hombres que se unían y se sacrificaban por un ideal bárbaro con el que antes les habían fanatizado. ¿No será mejor contentarse en cuanto al conjunto de los hombres, con algunos principios universales, y dejar a cada uno que cuide de añadirles lo que le parecerá útil?»

No se trata ahora de unir a todos los hombres por todos los medios, sino por el de la verdad, que es entre todos el más conforme a la naturaleza del hombre. Es también el más sólido. La unión creada por el error es quebradiza. Pronto se rompe o hasta desaparece totalmente: pues el error puede ser siempre reconocido. La verdad permanece siempre y los vínculos que forma son por su misma naturaleza eternos.

Cuando se trabaja, pues, para promover la paz entre los hombres, se ha de mantener el afán de la verdad; se ha de estar atento a no crearle un medio ambiente hostil; favorecer su búsqueda. Y que sepamos reconocerla cuando aparece.

La acción para el progreso de la verdad ha de ser llevada a cabo indudablemente, con una delicadeza extremada. No toca a las asambleas parlamentarias o internacionales fijar por un decreto qué es verdadero y qué es falso, por más que estas asambleas decidan según lo que crean verdadero o falso. Pero en cambio les atañe mostrar un gran respeto hacia la verdad, buscarla con cuidado, no obstaculizarla nunca, crear tales condiciones ambientales que en ellas pueda manifestarse y desarrollarse. Este amor a la verdad los empujará, ya a la tolerancia respecto de una opinión diversa de la suya propia, pero que puede estar acertada, ya a favorecer positivamente a aquéllos que por su desinterés y por la nobleza de sus intenciones, parecen capaces de extender un poco más de verdad entre los hombres. En todo caso no confiarán a la sola tolerancia el cometido de unir a los hombres, sino contarán también, y con más seguridad, en la fuerza unitiva de la verdad.

CHARLES BOYER, S. I.

PROFESOR DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD GREGORIANA
(ROMA)

Psicopedagogía de la niña

El destino esencial de la mujer es la maternidad, el cuidado y perpetuación de la familia, misión que supone infinitos cuidados y derroche de inagotables tesoros de inteligencia y de amor durante la mayor parte de los años de la vida femenina adulta.

De acuerdo con esta misión está constituida la Psique femenina. Veamos, pues, cómo es esta psique y sus diferencias con la del varón, porque estas analogías y diferencias de los adultos nos mostrarán las analogías y diferencias de la psique infantil, según el sexo.

A este respecto no será ocioso recordar la fina y profunda opinión del P. Feyjóo, agudísimo autor del siglo XVIII, muy controvertido y con frecuencia muy mal entendido. Asegura el sabio benedictino que: «Las cualidades en que exceden las mujeres, conducen para hacerlas mejores en sí mismas. Las prendas en que exceden los hombres les constituyen mejores, esto es, más útiles, para el público».

Difícil es sintetizar mejor en pocas palabras las diferencias entre varón y mujer. Tratemos de averiguar ahora en qué consisten esas diferencias que hacen al hombre más adecuado para la dura lucha social y que constituyen a la mujer mejor en sí misma.

DIFERENCIAS ENTRE VARON Y MUJER.

A poco que se observe, salta a la vista que la mujer es físicamente más débil. Esta característica se acusa también en seguida entre el niño y la niña y de ello surgen diferencias en cuanto al modo de ser de ambos ya que, por ser más fuertes, el hombre y el niño son más impulsivos, más osados.

La mujer y la niña, convencidas en cambio de su debilidad física, son tímidas. No tratan de imponerse directamente, pues que, en lo más íntimo de su ser, están seguras de que por la fuerza casi siempre fracasarían. Por eso la niña es de ordinario menos franca, más disimulada y más perseverante. La paciencia y la perseverancia son las virtudes que a los débiles hacen fuertes y en ellas radica una buena parte de la fortaleza de la mu-

jer. Por eso ya dice el refrán popular: «Si tu mujer quiere que te tires por un balcón, procura que este balcón sea bajo», porque si de veras se propone algo, la mujer no cede, utilizando para conseguir su voluntad todas sus dotes y todos sus recursos.

En gran parte como consecuencia de su debilidad física, la mujer resulta más complicada, más difícil de comprender que el varón, y, debido a su perseverancia, de mayor resistencia para el dolor y para toda clase de penalidades que el hombre. Por eso la mujer, de veras mujer, es el paño de lágrimas de la familia.

Considerando ahora la personalidad espiritual encontramos:

En el hombre:

Mayor potencia lógica.

Menor sensibilidad y emocionabilidad.

En la mujer:

Mayor potencia intuitiva.

Infinitamente mayor capacidad sensible, emocional y por tanto amorosa.

Esto por lo que se refiere a la Psicología que pudiéramos llamar clásica. Si atendemos a la Psicología llamada profunda, denominada subconsciente, encontramos a la mujer mucho más próxima a las fuerzas elementales, profundas y oscuras que ligam a la vida humana con la vida en general.

Tratemos de analizar ahora estas diferencias, cosa no muy fácil, porque las cualidades de cada sexo constituyen una especie de sistema de fuerzas, cuyas resultantes no siempre pueden separarse con facilidad, ya que suelen ser función unas de otras.

VARON: Mayor lógica, menor capacidad emocional e intuición.

MUJER: Menor lógica, mayor capacidad emocional e intuición. Es decir, que varón y mujer son complementarios. Lo que uno tiene de más de lógica lo tiene de menos en cuanto a sensibilidad e intuición, y al contrario.

No podía ser de otro modo. Por ser complementarios se necesitan y se buscan varón y mujer y, por lo mismo, la unidad humana no la constituyen el varón o la mujer por separado, sino que la constituye la pareja.

Ya lo dice el Génesis: «No es bueno que el hombre esté solo. Haréle una ayuda —es decir, un complemento— semejante a él».

¿Quieren estas diferencias significar, como muchas veces se ha dicho, que la mujer carece de lógica o que el hombre carece de sensibilidad e intuición?

De ninguna manera. Los poetas, por ejemplo, son seres de sensibilidad exquisita y hay mujeres extraordinariamente dotadas de inteligencia lógica. Todos conocemos casos de gran inteli-

gencia femenina y de no menor poder de intuición varonil. Lo que se quiere significar con las afirmaciones anteriores es que el término medio de mujeres está mejor dotado para el amor y la intuición y que en los hombres sucede lo contrario. Significa también que si la mujer inteligente cultiva sus potencias intelectuales, puede llegar a sorprendentes resultados según a diario nos demuestra la existencia en estos duros tiempos en que vivimos, tiempos en los que más que nada el trastrueque que sufren los valores sociales, ha obligado, a la mujer a lanzarse seriamente al palenque de la lucha por la existencia.

Pero esta lucha, en competencia con el varón, no la hace feliz, más bien la deja fría, sola, privada de lo específicamente suyo, por eso las mujeres se sienten en general, tan desgraciadas hoy.

INTUICION.

La intuición consiste en ver algo globalmente, sin reflexionar en el momento sobre ello. ¿Está este modo de ver y conocer relacionado con la lógica?

De ningún modo. El comprender lógicamente también puede ayudar a la intuición; por eso las personas cultivadas, intuyen con más claridad y con mayor amplitud. No pueden compararse las intuiciones limitadísimas de una campesina ignorante con las de una mujer de espíritu cultivado; pero la intuición, IN SE, es una cosa distinta de la lógica.

Intuye la mujer cuanto se refiere a su mundo circundante al que, por su capacidad emocional, ama de ordinario más que el varón, y con el que por propio impulso se siente más ligada y le ve claro con frecuencia sin reflexionar en las peripecias de ese mundo.

Del mismo modo que la mujer, el investigador, el sabio, el hombre entregado a su misión con todas las fuerzas de su alma, también a veces tiene intuiciones geniales sobre el objeto u objetos a que vive consagrado. En el momento de la intuición ve muy claro lo que acaso la reflexión de años no le habían permitido ver y, en cuanto de veras ha visto con ese maravilloso poder, si aplica sus reflexiones en aquel sentido, casi siempre la lógica, la razón, comprueba el descubrimiento genial, la visión intuitiva. De este modo se han realizado con frecuencia grandes descubrimientos de todo orden, algunos de los cuales han revolucionado tantas cosas que, en siglos de labor reflexiva se había creído ir conociendo con la mejor lógica.

Pensando sobre esto, parece que hemos de llegar a la conclusión de que este poder intuitivo es en gran parte obra del amor en su más puro sentido, que es obra de la entrega del

alma a algo. En esa entrega, el objeto se le descubre como si nada pudiese negarse a la completa dedicación y, cuanto más íntima sea esta entrega y más excelsa el alma de que se trate; cuanto más elevadas y cultivadas seas sus facultades, de tanto mayor alcance serán las intuiciones de que esa alma es capaz.

Por eso son sublimes las intuiciones de los grandes místicos; las de los grandes poetas parecen marcar hitos de eternidad; las de los grandes sabios son transcendentales en orden al objeto a que se refieren y las de la mujer obran la maravilla de hacer sentirse dichosos a los seres que ama.

Parece pues que en la intuición intervienen sobre todo el amor y la entrega al objeto u objetos a que la intuición se refiere y a más ciertos imponderables oscuros del fondo de la conciencia. Por eso son intuitivas en mayor o menor grado las almas de gran capacidad de amor, pues que estas almas, que son por ello almas profundas que hasta sin proponérselo calan mucho más que las claridades de la propia conciencia, son almas unidas a lo mejor de la vida por sus impulsos más íntimos y más vitales.

La sabiduría popular, no ciertamente desdeñable, lo intuye asimismo muy bien; por eso esta sabiduría dice que: EL HOMBRE OBRA POR REFLEXION Y LA MUJER POR CORAZONADAS.

Es decir, que el hombre pone el corazón y todos sus impulsos al servicio de su inteligencia y de su interés; en tanto que la mujer, por el contrario, pone su inteligencia al servicio de sus impulsos, de su corazón.

DIFERENCIAS ENTRE NIÑO Y NIÑA.

Sentadas estas premisas, henos ya en el núcleo del asunto que nos interesa. ¿Cómo es la psique de la muchachita? ¿Cuáles son sus características y cuáles sus diferencias con la del varoncito?

Aquí encaja cuanto se lleva dicho sobre el alma de la mujer y sus diferencias con la del varón. El muchachito es físicamente más fuerte, por eso es más movido, más brusco, más osado y más abierto. Las niñas sintetizan todas estas características de la infancia masculina diciendo que los niños son *muy brutos*.

La muchachita, en cambio, como más débil y más sensible, es menos brusca, menos osada, menos movida. Sobre todo si tiene hermanitos, sabe muy pronto que los niños la aventajan en fuerza y como a ella también le gusta imponer su voluntad, lo hace a su modo; desplegando sus dotes de cariño y dulzura y un poco también las de reserva y disimulo.

Por eso, cuando las muchachitas dicen que no quieren tratos con niños porque son muy brutos, desde su punto de vista tienen

razón. Y cuando los varoncitos dicen, a su vez, que las niñas son muy ñoñas, también tienen razón.

Acusando lo que luego será la mujer, la niña es también mucho más sensible y emocionable que el muchachito. Por eso responde siempre antes, y con más intensidad que el niño, al cariño, y necesita más caricias que él. También ella las hace; por eso no es raro que, en las familias numerosas, los niños aseguren que con cuatro carantoñas las niñas consiguen fácilmente lo que a ellos les cuesta mucho trabajo conseguir.

También se manifiesta desde muy pronto en la niña lo que más tarde será la capacidad intuitiva femenina y a ello se debe que la niña sea más despierta, más viva, generalmente más precoz. Suelen hablar antes y, hasta que en el niño se desenvuelve la capacidad reflexiva, psíquicamente le aventaja. El muchacho va más lento, le cuesta más comprender, pero una vez comprendido tarda también más en olvidar, en tanto que la niña ve con rapidez y olvida, si en ello no ha puesto un interés emotivo, con mucho mayor facilidad.

Asimismo manifiesta, desde pronto, su falta de apego a la lógica. Por eso los varoncitos, si tienen buenos maestros, se apasionan por las matemáticas, por las ciencias, etc., y discuten con calor de todas estas cosas; lo que no es frecuente que ocurra en las niñas. Por la misma razón, a medida que van creciendo, las niñas tienen generalmente pronta respuesta para todo, en tanto que los niños sobresalen, por término medio, en las disciplinas en que el razonamiento es esencial.

Consecuencia de su gran capacidad emocional, las niñas son más cuidadosas de todo lo suyo. Si se las acostumbra, se complacen sobremanera en tratar a los objetos que usan con gran cariño, cosa que en los varoncitos cuesta mucho lograr.

Excepto la exuberante vitalidad que se manifiesta apenas el niño camina solo, estas diferencias, hasta los cuatro o cinco años son poco acusadas, pero a partir de esa edad se van delimitando para llegar al máximo en la adolescencia y juventud. Y a medida que estas diferencias se van acusando, unos y otras se separan espontáneamente. De parvulitos juegan juntos con verdadero gusto, pero ya a los tres o cuatro años los varones comienzan a imponerse por su fuerza y en cuanto pasan de los seis o siete es muy raro que jueguen reunidos. Cada sexo prefiere a sus congéneres, pues a los muchachos no les conviene la dulzura de las niñas y a éstas les molestan mucho las imposiciones y los puñetazos de los varones.

Tales diferencias, que a medida que se van acusando hacen que niños y niñas se separen para sus juegos y aun para la mayor parte de sus actividades, son la causa de que en ciertas épocas se

detestan porque mutuamente no se pueden sufrir. A este efecto recuerdo una visita que realicé, allá por 1934, al orfanato de los ferroviarios. Se trataba de niños de ambos sexos de 6 a 12 ó 14 años. Era una institución hermosísima, al frente de la cual había un inspector de Enseñanza Primaria muy enamorado de ella. A cada paso me hacía el Director notar el cuidado que tenían en que niños y niñas convivieran en todas las actividades de la vida en que la convivencia era posible y, a tal efecto, en la mesa y en los juegos sobre todo, procuraban que se juntasen hermanitos, amigos o familiares para que aprendieran a conocerse, respetarse y estimarse.

Se respiraba en la casa un ambiente afectuoso muy agradable, y, cuando ya la visita finalizaba, entramos en el gran salón de actos en el que por ser día festivo, se proyectaba entonces una película.

Llevaban dentro de la casa los niños delantalitos grises y las niñas blancos. Todos estaban muy atentos al desarrollo de la cinta y desde la galería alta donde me encontraba con el Director, en la penumbra de la gran sala, sólo se distinguían en el patio dos manchas: una gris a un lado, otra blanca al opuesto, separadas ambas por el pasillo central. Ni un solo punto gris en la mancha blanca; ni un solo punto blanco en la mancha gris.

Tras el largo panegírico que acababa de oír sobre la coeducación, la cosa me hizo gracia y pregunté al director:

—¿Que los separan para el cine?

—No, contestó ingenuamente—. Se colocan como quieren, pero siempre pasa igual. Sin duda, es consecuencia de las costumbres anteriores al ingreso en el orfanato.

A lo que no pude menos de replicar:

—¿No le parece que, dado el ambiente de la casa, deben tener otros motivos para separarse? ¿No exageraremos un poquito con este afán de juntarles a toda costa, cuando ellos se encuentran mejor cada uno por su lado?

Tenemos pues que en fuerza física se manifiesta, desde que el niño es muy pequeño, superior a la niña, por la cual razón los varoncitos, desde antes de los tres años, dejan sentir su instinto dominador. En cuanto a las demás diferencias, se manifiesta también muy pronto la sensibilidad mayor de la niña, su emotividad, su ternura. En estos primeros años se nota muy poco todavía la mayor potencia razonadora del niño, por lo que la niña resulta más precoz. Por tanto, hasta los seis o siete años, hasta es beneficioso que los niños de ambos sexos comiencen juntos el aprendizaje para la vida, porque sabido es cuánto influyen a lo largo de toda la existencia las vivencias de la primera edad, por lo que la estimación, la comprensión y el afecto que se sienta toda la vida por el otro sexo, depende mucho de haberse

comprendido, querido, respetado y estimado durante los primeros años.

Pero a partir de los siete, espontáneamente comienzan a encontrarse a disgusto si se les hace vivir y trabajar juntos siempre. Tanto más a disgusto cuanto mayores sean. Excepto algunos casos, no frecuentes, de amistad individual, hay una época, hasta los 12 ó 14 años, en que los sexos son verdaderos rivales. Es una época en la que la niña, amable, cariñosa, cuidadosa de sus cosas y de su persona, en grado sumo sensible y emocional, encuentra casi una especie de pequeño monstruo en el muchacho decidido, osado, ruidoso, dominador, inteligente, y, tan bruto, que el método con frecuencia por él preferido para dirimir las diferencias son los puñetazos.

Más tarde estas diferencias de carácter quedan superadas por la atracción sexual que, presentando las cosas a una nueva luz, hace que la muchacha vea en el varón lo que a ella le falta para ser completa y recíprocamente. Entonces se ven ambos mutuamente más diferentes que nunca, pero entonces, resulta tan deseable lo que no se posee, que cada sexo idealiza las cualidades del otro dándolas, tal vez, aun más importancia de la que tienen. Por eso desean ardientemente conocerse, compenetrarse, poseerse, para lograr entre los dos la maravilla, que verdadera maravilla es, de la creación de la vida. Pero hasta este momento luminoso y hermosísimo que comienza en la adolescencia, niño y niña atraviesan un período de cinco a siete años en el que se sienten extraños y hasta rivales entre sí.

PEDAGOGIA.

¿Cuál es la mejor pedagogía para tratar esta psicología femenina? ¿Conviene acentuar las diferencias específicas de la niña?

La niña es así porque tiene que serlo para convertirse luego en la MUJER SEMEJANTE AL HOMBRE de que nos habla el Génesis, y no es por tanto posible, sin viciar su propia naturaleza, tratar de convertirla en lo que no es. Nada de limitar sus posibilidades, acentuando viciosamente sus peores maneras de ser; nada tampoco de aquella ridícula educación distinguida del siglo pasado y comienzos del actual. Nada de exacerbar con el tedio la sensibilidad enfermiza hasta el punto de desmayarse por cualquier cosa... ¡Qué ridículo se nos antoja hoy, y en efecto lo era, aquel frasco de sales que llevaban siempre a punto las damiselas.

Pero, ¿acaso no es también absurdo el afán de nuestros días por convertir a la mujer en un igual del hombre, cuando ni fisiológica ni espiritualmente lo es? ¿Qué tienen de mujeres estas

muchachas actuales, masculinizadas hasta el extremo de considerar insoportable al hogar, que es su trono?

Los tiempos son ciertamente muy difíciles y hay que educar a la mujer para el cumplimiento de su fin principal, pero también para que pueda bastarse por sí. Es decir, que la educación femenina es más compleja que la masculina, porque ha de atender a dos fines.

PRIMERO Y PRINCIPAL. A sus funciones de esposa y madre.

SEGUNDO, ocasional y supeditado al primero. Para que mientras la finalidad principal no llega y muchas veces, por diversas circunstancias, no llega nunca, pueda desenvolverse económicamente sola sin ser carga para nadie.

En tiempos pasados, si una muchacha sufría un gran desengaño amoroso, si no quería o no podía casarse, el convento resultaba entonces una solución para infinidad de mujeres que quedaban solas en la vida. Hoy ya no sucede así porque lo duro de los tiempos hace que hasta en los conventos vaya penetrando la idea de la necesidad de la profesión; por eso la pedagogía actual tiene que preocuparse seriamente de esta preparación dual de la mujer.

¿Qué es difícil? Siempre es difícil realizar bien una tarea compleja y delicada, pero tal vez no lo es tanto como parece porque ambas tareas se complementan. Preparar a la mujer para la maternidad, prepararla para conocer, comprender y amar al hombre no puede hacerse sino cultivando amorosamente su salud, asiento de vida fecunda y cultivando paralelamente la salud, la inteligencia, para que ambas sirvan de asiento y de contrapeso a la sensibilidad que, abandonada a sí misma, fácilmente se extralimita convirtiendo con frecuencia a la mujer de inteligencia poco cultivada, en un ser inseguro, irritable, variable de humor y tan apasionado que sólo tiende a su pasión dominante, con lo que la resulta desconocido el imprescindible e inapreciable sentido de la medida, tan cercano al sentido común, y, ambos imprescindibles en la vida.

Cultivando la salud, la inteligencia, y encauzando la sensibilidad; la intuición, ese don precioso, fruto conjunto del amor que adivina, de la inteligencia que indaga y sintetiza y de las fuerzas elementales que nutren el manantial primigenio de la vida, queda, ipso facto, robustecida, porque intuir no es ver visiones o justificar a priori fanatismos, sino que INTUIR es VER Y COMPRENDER con claridad meridiana y con casi evidencia plena, antes de que la razón haya tenido tiempo de reflexionar.

Y, sobre todo, para encauzar bien la sensibilidad femenina, nada mejor que una acertada educación religiosa. La mujer necesita ser más religiosa que el hombre, ya lo es naturalmente, porque la religiosidad verdadera también cuenta con el influjo del corazón. La educación religiosa encauza los sentimientos

de la mujer preparándola para sus delicadas tareas de abnegación en la vida, a la vez que constituye el mejor contrapeso de la excesiva emocionabilidad, ya que es el mejor medio de canalizar esa sensibilidad delicada y preponderante, elevándola a Dios, único capaz de saciar su sed de amor y de entrega. Y no nos olvidemos tampoco, de que la mujer es asimismo la encargada de hacer brotar y de fortalecer después, el sentimiento religioso en el corazón de los hijos y en el de cuantas personas giran en su órbita. Dadme madres, decía Napoleón, y transformaré el mundo. ¡Eduquemos a las madres!—claman todos los modernos sociólogos y educadores. Esta patética orden no puede cumplirse sin atender cuidadosamente a la educación del corazón y, en esta tarea, es la educación religiosa la que tiene la primacía. La educación intelectual y la física, con ser muy importantes, son complementos de la religiosa. Si el Corazón de Jesús ha de reinar en el mundo tiene que comenzar su reinado por el del corazón de la mujer.

¿Presupone esta Educación femenina una Pedagogía específica?

Presupone en todo caso procedimientos más delicados y suaves, pero tan firmes como para los varoncitos. Hay que ir con ellas derecho al corazón antes que a nada. Pero sin olvidarse de que ha de ser esmeradamente cultivada la inteligencia para contrapeso de la excesiva sensibilidad y sin olvidar tampoco que, como en gracia de su natural blandura se inclinan un poco al disimulo, a encubrir lo que resulta duro o violento, ha de cultivarse con esmero el sentimiento de la rectitud, conjugando como debe conjugarse la bondad comprensiva con la integridad moral y con la firmeza de carácter. Hay que armonizar el cultivo de la inteligencia con el del corazón, el de la habilidad manual y el de la fortaleza física. En resumen: no es precisa una pedagogía distinta de la Pedagogía con mayúscula, sino una pedagogía rectamente aplicada a las condiciones del sujeto educado.

¿Qué es difícil? No tanto. En general lo es más la educación de las niñas que la de los varones. Tiene que serlo al ser ellas más delicadas y más complicadas. Pero poniendo en el empeño inteligencia y corazón se camina como sobre ruedas, porque la inteligencia y el corazón de la niña responden siempre a la inteligencia y al corazón de la educadora, estableciéndose entre ambos esa doble corriente amorosa que en definitiva es lo fundamental de toda educación y de toda Pedagogía. La educación es fundamentalmente obra de amor y en él ha de estar fundamentada no sólo toda la pedagogía femenina, sino toda obra humana que valga la pena.

Por otra parte, la preparación femenina específica no exige

nada que esté reñido con la preparación profesional. Al contrario, las da sentido. Claro que hay profesiones que deben abandonarse llegado el matrimonio, pero, aunque llegado el caso se abandone, la preparación y conocimiento de la vida que una profesión ha exigido, siempre contribuirá a madurar y equilibrar el carácter de la muchacha. Esa preparación, si se ha hecho bien, ayudará en mucho a que pueda ser un día reina del hogar, conociendo y resolviendo también acertadamente los problemas de la vida fuera del hogar.

CONCEPCION S. AMOR.

Tonalidad moral del existencialismo

El existencialismo es una palabra cómoda y poco rigurosa, que recubre un cúmulo de corrientes ideológicas, cuya uniformidad más que en la línea clara y diáfana del pensamiento, debe buscarse en un cierto tono fundamental que las envuelve a todas.

El existencialismo comporta desde luego una tónica inconfundible, no sólo en lo que se refiere al conocimiento sino también y muy acusadamente desde el punto de vista de la sensibilidad. Está en sus diversas corrientes, todo él atravesado por las mismas inquietudes, por las mismas llamadas existenciales y por las mismas preocupaciones básicas.

La preocupación ético-religiosa está en él muy presente incluso en aquellas tendencias que tratan de descartarla, envolviéndola como una atmósfera que la satura.

Kierkegaard, que es considerado como el padre del existencialismo, hace girar todo su pensamiento en torno del tema religioso si bien con los acentos de una religiosidad críspada y dramática, enormemente individualista y por ello mismo arbitraria. Una religiosidad, que de ordinario no pasa de ser sino un clamor vehemente, un grito de angustia porque no cristaliza en formas coherentes y constantes de expresión. La religiosidad, es el motor fundamental de la obra entera Kierkegaardiana, si bien hay que considerarla más que como una línea constructiva, como una atmósfera ético-religiosa que se perfunde en toda ella. Pero la religiosidad de Kierkegaard, es paradójica y se debate entre el escándalo y el impulso de la creencia. La ética y lo religioso está en él íntimamente ensamblado porque sólo mediante lo religioso, la ética adquiere un contenido interior que la llena de sentido. Creer, en cierto modo para el pensador danés, es luchar porque la creencia —según él— nace del escándalo del cristianismo.

El cristianismo no puede vivirse —sino como negación, como lucha y oposición respecto de la filosofía de la estética. Pero en todo caso el individuo y su existencia llena de contrastes, de saltos y de paradojas, es el supuesto indispensable para lo ético y para lo religioso.

A pesar de que en algunos escritos de Kierkegaard, entre lo